

EL MALACARA CRIOLLO

QUE SALVÓ A SU JINETE

EL GALÉS JOHN DANIEL EVANS Y SU MONTADO ZAINO MALACARA, HUYENDO DE UNA EMBOSCADA DE INDIOS ARAUCANOS, SALVARON SUS VIDAS LUEGO DE SALTAR UN GRAN BARRANCO Y DE RECORRER 160 KILÓMETROS POR LA MESETA PATAGÓNICA. EN TRELVELIN, CHUBUT, ESTE CABALLO CRIOLLO TIENE SU MUSEO.

por Mariano Fernández Alt



John Daniel Evans (1862-1943) y el Malacara en 1908, un año antes de morir.

En noviembre de 1883, cuatro colonos galeses -John Hughes, John Parry, Richard B. Davies y John Daniel Evans- partieron desde Rawson, costeando el río Chubut, que atraviesa la provincia patagónica homónima, con rumbo a la Cordillera de los Andes, en busca de oro.

Recordemos que el primer contingente de galeses llegó al actual Puerto Madryn, Chubut, el 28 de julio de 1865, a bordo del buque "Mimosa". Entre los 53 tripulantes estaba el mencionado Evans, que tenía tres años y dos meses de edad. Como el paisaje que encontraron era muy diferente al prometido -al del verde Gales que dejaron- y ante la falta de agua dulce, terminaron por

radicarse en Rawson, en el valle del río Chubut.

Volviendo a nuestra historia, los cuatro jinetes, con Evans como baqueano -con 21 años de edad era un gran conocedor de la región-, luego de recorrer aproximadamente 600 kilómetros, llegaron hasta la confluencia de los ríos Chubut y Gualjaina, revisando tres veces por día las arenas del primer río mencionado, en busca del preciado metal. Sin embargo, el encuentro con indios de la tribu araucana del cacique Foyel los hizo desistir de seguir avanzando, decidiendo emprender el regreso al Valle Inferior.

Pero el sábado 4 de marzo de 1884, a casi cuatro meses de la partida y cuando acampaban en un paraje hoy llamado Valle de los Mártires -a 203 kilómetros de Rawson-, todo

iba a cambiar. Por la hermosa mañana, Evans, montando al Malacara de esta historia, había salido de caza, llevando al campamento dos maras (liebres patagónicas) para el almuerzo. Antes de continuar el viaje con sus tres compañeros, decidieron poner las carabinas en el caballo carguero. Y así emprendieron la marcha, sobre el suelo seco y duro, con los catorce caballos con los que habían partido.

"Marchábamos despreocupados, sin pensar en nada, sin siquiera mirar atrás, cuando de pronto sentimos un tremendo aullido, grito de guerra de los indios, e inmediatamente la atropellada de los caballos. Eché una mirada hacia atrás y vi sus lanzas brillar al sol. Nos cerraron en círculo, sentí el chuzazo de una lanza en mi paleta izquierda y antes de que pueda reaccionar vi a Parry caer a tierra con una lanza clavada en el lado derecho y no sé si los otros compañeros estarían heridos, porque se mantenían en sus caballos", cuenta Evans.

Instintivamente, clavó su única espuela en el costillar del Malacara, quebró el primer círculo de indios que lo rodeaba, y luego de desviar con el brazo otra lanza que le tiraron, Evans se lanzó a correr a "media rienda" hacia el noroeste, mientras lo seguían varios atacantes. "A unos trescientos metros adelante corría un zanjón hondo por el cual bajaban las aguas de lluvia desde la loma. Era un lugar muy conocido por los indios y por mí. Sus intenciones eran arrinconarme contra el zanjón para bolear mi caballo, y ese era mi tremendo miedo", dice.

Y continúa: "Me veía acorralado. El zanjón tenía una altura aproximada de 3,60 metros. En el fondo había arena blanda. Llegué a la orilla. El caballo creo que percibió mi intención y obedeció a mi desesperada orden: saltó al fondo del barranco y cayó con sus manos y patas extendidas. El Malacara se levantó de un salto y yo me mantenía aferrado al recado del terror que sentía. Sin lastimarse ni detenerse, volvió a saltar otro barranco más bajo. Resollaba, como pidiendo un poco más de tiempo".

Mientras los indios buscaban un lugar por donde saltar y gritaban "que el huinca no escape", les saqué cientos de metros de ventaja. "Veía a los indios -relata Evans- como si estuviesen parados y sólo yo avanzaba. Puse más de mil metros de distancia. Los gritos y aullidos retumbaban en el roquerío. Aminoré la velocidad de mi Malacara. Un sudor blanco corría por las tablas de su cogote, era una tarde muy calurosa".

De esta manera, Evans, gracias al gran salto y corrida del Malacara, salvó su vida. Con rumbo sur, hacia el río Chubut, y luego este, cabalgó el resto de ese día, la noche y también el día y la noche siguientes, para luego llegar ileso a la colonia de sus compatriotas, en el Valle Inferior, luego de recorrer 160 kilómetros. "El Malacara -cuenta Evans- apenas podía moverse de dolorido, con un agotamiento que parecía fatal, herido hasta el hueso le brotaban sangre de las cuatro patas, debido al terreno rocoso que habíamos recorrido, la velocidad y la falta de herraduras".

"COMO CONSECUENCIA DE LA TRAGEDIA, ESTE LUGAR -CERCA DEL KILÓMETRO 203 DE LA RUTA NACIONAL 25- SE DENOMINA VALLE DE LOS MÁRTIRES, Y EL PASO DEL RÍO SE LLAMA PASO DE LAS TUMBAS"

Lo que había sucedido con los tres compañeros de Evans era un interrogante: para algunos colonos habían sido tomados prisioneros y para otros asesinados. Ocho días después de aquel 4 de marzo, Evans regresó al lugar del ataque acompañado por 42 hombres armados. Un kilómetro y medio antes, sus dos perros negros le salieron al encuentro, dando grandes saltos de alegría. Pero metros más adelante, caranchos y chimangos revoloteando en el cielo hicieron que Evans no continuara la marcha. Se

imaginaba lo peor, lo que los demás miembros de la partida vieron: los tres compañeros habían sido mutilados, cortados sus cuerpos por las coyunturas y en las matas cercanas colgaban las vísceras al sol; nunca encontraron sus corazones.

"Entre matas de cortaderas -dice Evans-, donde los indios habían hecho campamento para comer las liebres que traíamos, encontramos la picota y la pala que yo tenía, y con ellas abrimos la tumba para sepultar juntos a mis tres compañeros". Como consecuencia de la tragedia, este lugar -cerca del kilómetro 203 de la ruta nacional 25- se denomina Valle de los Mártires, y el paso del río se llama Paso de las Tumbas. Allí se levantó, además de otras referencias históricas, una columna de mármol, con la siguiente inscripción: "En memoria de Richard B. Davies, John Hughes y John Parry, los que fueron asesinados por los indios después de haber incursionado por el interior del territorio - 4 de marzo de 1884".

El Malacara pasó sus últimos años en un potrero pegado a la casa de Evans, en su chacra de Trevelin, y todas las mañanas iba a recibir de la mano de su amo su ración de afrecho, en el alambrado que cercaba el tercer molino harinero construido por el galés. En el invierno de 1909, al intentar saltar una zanja no muy ancha pero sí profunda, resbaló



La sepultura del Malacara, en el parque de la casa de Evans, en Trevelin.

en la gruesa capa de hielo que cubría el suelo y cayó con la cabeza debajo de la paleta, produciéndole la muerte. Tenía 31 años y su fuerza y agilidad no era la de aquel gran salto en el Valle de los Mártires.

Evans lo sepultó a la sombra de unos sauces, cerca de una gran piedra y a escasos metros de la puerta de su casa. En la tumba hizo grabar: "Aquí yacen los restos de mi caballo el Malacara, que me salvó la vida en el ataque de los indios en el Valle de los Mártires el 4-3-84, al regresarme de la cordillera. RIP. John D. Evans".

La chacra de Evans fue convertida en museo, y allí, su nieta Clery revive la historia de este gran caballo y la llegada de los colonos galeses al Valle 16 de Octubre (actual Trevelin). ■■■

**"TENÍA UN ENTRENAMIENTO ESPECIAL PARA
BOLEAR, ADEMÁS DE SER LIGERO Y FIRME
PARA GALOPAR EN TERRENOS DESPAREJOS"**

El Malacara

John Daniel Evans conoció a su pingo con un año de edad. Era de pelaje zaino y -como su nombre lo indica- tenía una gran mancha blanca en la cara; sus extremidades también eran blancas. Fue amansado por el indio cuando se lo robaron en 1878 a su propietario -el colono galés David C. Thomas-, junto a otros caballos, pero fue Evans quien lo encontró en 1883. Tenía un entrenamiento especial para bolear, además de ser ligero y firme para galopar en terrenos desperejos. Como Evans, luego de la tragedia relatada, no podía convencer a Thomas que se lo vendiera, fueron los colonos del Valle Inferior que decidieron por votación que el Malacara debía quedar en manos del jinete que salvó. Desde entonces, Evans y su caballo Criollo emprendieron innumerables y largas expediciones: por ejemplo, en 1885, junto al Tte. Cnel. Luis J. Fontana y la Compañía de Rifleros, llegaron al Valle 16 de Octubre, recorriendo 1700 leguas.



Clery Evans, nieta de John Daniel, a cargo del museo.



Numerosos recuerdos en el museo.



Exterior de la vivienda de Evans, actualmente museo.